

La mano, mmmamaa: El desamparo de un bebé de un año y cuatro meses



INGEBORG BORNHOLDT¹

INTRODUCCIÓN

El llamado/invitación para el envío de trabajos para este congreso sobre el tema *Desamparo* coincidió con la demanda de evaluación, por parte de una madre, para su bebé de 16 meses. Me animé a describir ese trabajo que demandó una articulación y adaptación de la técnica psicoanalítica clásica para niños pequeños a la de observación de bebés, elaborada por Esther Bick.

Describo, entonces, ese tratamiento que ya lleva cuatro meses de duración. Como madre e hijo viven lejos de Porto Alegre, construimos la posibilidad de dos horarios semanales consecutivos. Atiendo primero a la madre y, en seguida, a la madre y al hijo juntos, en el horario siguiente.

Se trata de un intenso trabajo de deconstrucciones y transformaciones, visto que el desarrollo de niños pequeños es muy rápido e intenso, pues, como sabemos, la velocidad del desarrollo es inversamente proporcional a la edad cronológica. Me siento agradecida por esta oportunidad de discutir el caso con colegas en este evento.

El término alemán *Hilflosigkeit* (*Hilfe*: «ayuda», *los*: «sin») se traduce al español como «desamparo». Pretendo abordar el tema a partir del material de evaluación de Cauê.

1 Miembro efectivo de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. inge.b@terra.com.br

La madre me llamó en un estado de gran ansiedad solicitando ayuda inmediata para Cauê, que tiene 1 año y 4 meses. En un discurso confuso, repetía: «Ya no sé qué hacer... Él está agresivo, pega, grita, empuja a los compañeros y no duerme; ¡ni yo!». Afligida, dice que viven a 180 km de Porto Alegre, que es sola y que trabaja mucho. Conseguí un horario para la madre en la misma semana.

Primero, me sorprende la edad de la madre: como su hijo era un bebé, esperaba una madre más joven. Inmediatamente, dice que adoptó a Cauê cuando este tenía 43 días. Ella tiene 58 años. En su verborrea, habla sin cesar. Comprendo mínimamente las principales quejas y la situación de vulnerabilidad. Por la urgencia y angustia, arreglo un segundo horario para ella en la misma semana, seguido de otro para atender a madre e hijo juntos.

La aplicación de la técnica de observación de bebés me resultó sumamente útil y valiosa. Veía a una pareja madre-bebé profundamente atada en vínculos de dependencia, invasiones y controles. Hay un gran desamparo en Cauê, al igual que en la madre. Tan asimétricos en cuanto a su edad, allí se los veía funcionar simétricamente muchas veces. Desesperación y rabia fácilmente se apoderaban de uno o del otro y los hacían terminar «mezclados», fusionados en accionamientos afectivos recíprocos. Se alternaban también en movimientos en los cuales uno se manifestaba por la dependencia vivida. El círculo proyectivo entre uno y otro provocaba en mí sentimientos de impotencia diversas veces. Poco a poco, se fueron deconstruyendo certezas de que solo el niño sería responsable por los accionamientos y, así, entramos, paso a paso, a esa maraña con-fusional. Pudieron surgir algunos significados y transformaciones.

PRIMERA OBSERVACIÓN MADRE-CAUÊ

Llegan algunos minutos antes, anunciándose por el intercomunicador. Cuando abro la puerta de la sala de espera, la madre enseguida se levanta con Cauê de la mano. Nos presenta: «Este es Cauê» y «Esta es la tía² Inge»,

2 N. de la T.: En Brasil es común que los niños llamen *tío* o *tía* a los adultos de su confianza, como los maestros. En este caso, cuando la madre se refiere a la psicoanalista como *tía* está comunicando implícitamente al bebé que puede confiar en ella.

y entra, resuelta, con el niño de la mano. Él no me mira mucho y lo veo solo de espaldas. Me sorprende que se deje llevar tan naturalmente, sin vacilaciones o protestas, a ese ambiente nuevo para él. Me sorprendo aun más cuando, al volverme hacia ellos en el corredor, veo a la madre extendiéndome su brazo y pasando la mano de Cauê de la suya a la mía. ¡Él, a su vez, me da su mano sin vacilar! «Voy al baño... Ya vuelvo», dice la madre y desaparece.

Así, nos vamos tomados de la mano a la sala de los niños, a pocos pasos de allí. Tenemos que subir un escalón. Cauê se empeña, levantando una pierna de lado, pero es pequeño y sus cortas piernitas no alcanzan. Tiene el chupete en la boca. Levanta el segundo brazo y pronuncia algo como «hmmá, hmmá», que, más tarde, descubriría que quería decir «la mano, la mano», expresión que acabó inspirando el título de este trabajo.

Con sus brazos y manos tomadas de las mías y conmigo detrás, Cauê sube el escalón. Recién en ese momento logro verlo por entero: vestido de hombrecito, de pañales y chupete en la boca, que succiona con fuerza. Se detiene y señala con el dedito índice un trencito que dejé del lado de afuera, en el piso, frente a su cajón abierto. Cauê lleva pantalones bermudas de jeans, camisa a rayas y sandalias. Camina con las piernas medio abiertas hacia el tren. Para sentarse, se deja caer sobre la cola en el piso. Me mira, y veo sus lindos y vivaces ojos negros.

Hago un gesto positivo con la cabeza y él agita el tren hacia acá y hacia allá, más que hacerlo andar. El tren vuelca. Cauê me mira serio de nuevo. No me parece asustado. En seguida, se apoya con los pies y las manos en el piso para levantarse e intenta patear las piezas. Estas apenas se mueven, pues su pie solo logró rozarlas.

Es un bebé encantador, con su pelo negro y corto, tez bien oscura, mejillas redondas y una mirada seria. Después, une los pedazos del tren esparcidos por el suelo. Los enderezo nuevamente. Él me observa atento. Comento: «Se dio vuelta, pero podemos enderezarlo de nuevo».

Tras pocos minutos, escucho a la madre saliendo del baño. Él se posiciona mejor de cara al tren, y esa vez lo pateo con fuerza y cae sentado de nuevo. Me mira, quieto, y parece curioso. La madre entra, y la invito a sentarse con un gesto, pero ella permanece de pie y abre varios papeles sobre la mesa. Todo ocurre rápidamente y al mismo tiempo. Como si fuera

un cortocircuito, ella dice que ha traído todos los resultados de exámenes del hijo, evaluaciones médicas y escolares. Él, por su parte, sigue ocupado con la locomotora, en la cual ha descubierto un pitido que acciona sin cesar. Hago un movimiento rítmico con los hombros que él repite, divertido, con todo el cuerpo. Se va agitando cada vez más mientras la madre habla sin parar sobre la documentación. Me siento *mareada* al intentar prestar atención a ambos simultáneamente. Los dos completamente en paralelo. Le digo a la madre que miraré todo y que «ahora estamos aquí con Cauê», intentando hacer una intervención.

Entretanto, él explora más su cajón (casi colgado sobre el cajón, debido a su tamaño). Arroja lo que logra alcanzar hacia atrás, hacia afuera. Le interesa más una ollita, nuevamente se deja caer sentado y la golpea contra el piso, en el bote de basura, y entonces revuelve con la mano dentro de la olla.

Le alcanzo una cucharita mientras comento: «Podemos jugar a la comida». Él comprende, revuelve dentro y fuera de la olla con la cuchara con aires de «importante». Se le cae el chupete y la madre se lo pone de nuevo en la boca inmediatamente, sujetándolo a la camisa con un broche. Por primera vez, observo en él una leve sonrisa. Siempre con el chupete medio colgado en la boca, empuja la cuchara en mi cara (dándome comida).

A: Hmmm, hmm. [jugando a comer]

M: ¿Y mamá? ¿No le darás nada, eh?

Él sigue pasando la cuchara por la boca, la cabeza, el piso, y entonces, sentado, apunta en dirección a la silla de la madre. Ella se ríe, encantada. Se levanta y lo llena de besos ruidosos, pero no juega a comer. Él reacciona y aparta el cuerpo de la madre. Gatea hacia otro lado. Intenta chupar una pelotita de goma que estaba en el piso. Se sienta e intenta sacarse una sandalia. La madre lo ayuda, dejándolo libre.

Cauê sale casi corriendo hacia la pelota. En ese momento, observa el pequeño balcón con macetas de plantas. Hace «hm, hm» mientras señala con el dedo.

A: Podemos salir a mirar.

Abro la puerta y salimos. La madre nos sigue concentrada en el celular y comenta que quiere mostrarme el patio de su casa. Él muestra, «hm, hm», una hormiga. Intenta seguirla, tropieza, se levanta y quiere pisarla (descalzo, ciertamente no la mata).

M: ¡La encontré!

Me muestra una foto. Entramos de nuevo. El sol está muy fuerte. Sin tomar el celular, miro la foto que ella me muestra. Siento una inquietud al ver una piscina a nivel del suelo. La madre parece notarlo y comenta: «Esta foto es vieja. He mandado poner una cerca aquí, alrededor de la piscina, ¿no, hijo? No puedes ir a la piscina», y sigue hablando. Comenta que Cauê ya ha intentado subirse a una silla para «saltar la cerca»,³ asociando con la niñera anterior: cuenta que había tenido que «despedirla en el acto» y me dice, en voz más baja, «¡Fíjate tú!». Relata que la niñera había dejado a Cauê solo sentado en la bañera con agua para ir a buscar algo al dormitorio. «¡Podría haberse ahogado!».

Además de la alarma que despertó en mí, siento cierta irritación y cansancio en ese final de sesión. Son sentimientos y experiencias emocionales que Cauê debe de tener continuamente.

Una imagen final de la salida condensaba el drama de esa falta de sincronía, de ese ruido. Como en una fotografía de la inversión de los papeles maternos, Cauê corre hacia la niñera y ambos se ríen felices con el reencuentro. La niñera lo alza y la madre los sigue empujando el cochecito y llevando los bolsos y la cartera.

EVOLUCIÓN EN LAS SIGUIENTES SEMANAS

Cada semana, madre e hijo llegan puntualmente a pesar de las dificultades externas reales. De a poco, la madre me va contando más sobre su historia y la de Cauê. Sin embargo, sucede algo mayor que la historización y el

3 N. de la T.: En portugués, «saltar la cerca» tiene también el sentido de tener relaciones fuera del matrimonio o de una relación estable, engañando al compañero.

relato. Hay una *importante circulación emocional* de lo que conversamos en las sesiones individuales y en las conjuntas que les sucedieron. Muchas veces, parecen ilustraciones. Siempre la invito a que pensemos sobre la sesión conjunta de la semana anterior. A lo largo de las semanas, ella va adquiriendo capacidad de prestarle atención a Cauê y hablar menos al mismo tiempo. Se hace un poco más empática y menos invasiva. Aunque con poquísima intervención verbal en el horario de la sesión conjunta, allí se posibilitaba alguna comprensión y elaboración.

Datos históricos relatados por la madre: dice tener pocos recuerdos de su infancia. Imagina que su madre y su padre nunca la alzaron en los brazos, pues «era cada uno en lo suyo». A pesar de ello, siempre había soñado con ser madre. Sin embargo, ahora se siente permanentemente amenazada por la posibilidad de no lograr ni siquiera adoptar, pues aún está con la guarda provisoria del niño. Relata que estuvo casada y que se hizo varios abortos, muy dolorosos para ella. Su matrimonio se deterioró cuando ella ya no lograba quedar embarazada. Sus padres han fallecido y no tiene hermanos.

Se pone de manifiesto su gran soledad, así como la amenaza y la ansiedad que le produce el que la estén observando y evaluando continuamente.

Se recuerda a sí misma muy dedicada al estudio y, después, al trabajo. Construyó una robusta vida y carrera profesionales. Se inscribió para adoptar inmediatamente después de la separación. No puso restricciones en cuanto al niño. Sin embargo, dos factores que representaron dificultades para ella en el proceso de adopción fueron, justamente, los de estar sola en el proyecto y su edad. Inesperadamente, la llamaron para que se postulara para adoptar un bebé de 43 días de edad. Ella tenía 58 años. Primero, debía tomar conocimiento de que el bebé era de sexo masculino, hijo de padres drogadictos que habían perdido la guarda por negligencia y que eran de un medio social que lindaba con la miseria. El bebé había permanecido siempre en el hospital. Había recibido tratamientos, sobre todo de infectología pediátrica. También le informaron que el bebé era de tez muy oscura, de origen indígena. No podía verlo, tendría algunos días para pensar. Le habían mostrado solo una foto. En el medio de su vida turbulenta, se pasó una noche accionando a su red de amigos y contactos para obtener ayuda en compras esenciales (cama, ajuar, pañales, leche,

etc.). Suspendió algunos compromisos y viajes. Equipó mínimamente su casa y, en 30 horas, volvió al servicio judicial y social para afirmar y confirmar su propósito.

La comprensión de cuánto quiere y lucha, el abordaje de sus sentimientos al ver (y vivir), repetidas veces, al hijo volverse hacia otras personas con señales de rechazo hacia ella abre un tema inagotable. También se siente amenazada por mi presencia con Cauê, que ahora entra corriendo al consultorio. Sin embargo, nota que la invito a «entrar» en los juegos. Logra pensar sobre cómo es operativa con él.

Poco a poco y sin orientación en ese sentido, va dejando más tiempo libre para ella en casa. Cuenta que está «tercerizando» hacerle compañía al hijo. Refiere que el bebé dice «mmmta» y que, a veces, ella lo escucha como llamando a «Tata». Lloro mucho. Hablamos sobre el chupete. ¿Sería una forma de intentar «callarlo» para no escuchar palabras dolorosas? En ese idioma madre-hijo, ella escucha la distinción de las palabras *mmtá* y *mmmá*. Aclara, entonces, que *mmmá* significa «mamá-mano». Fueron sus primeras palabras conmigo en la transferencia y, ahora, se vuelven comprensibles y repletas de sentido. Hablamos sobre cómo el bebé la quiere y la necesita. Ilustro lo que digo con la expresión «dar una mano» y agregó que Cauê necesita esa mano para vivir. Hablamos sobre la vivencia original de Cauê, de que su madre biológica lo haya «dejado de la mano de Dios». Algunas semanas después, la invito a pensar sobre sí, en su agotamiento, ella no sentiría las mismas ganas de «dejarlo de la mano». Se inaugura así el abordaje del tema de las violencias y odios recíprocos.

Otra gran sorpresa para mí es ver, en la documentación, que Cauê tenía otro nombre y apellido completamente diferentes. La madre lo había registrado aun sin la confirmación de la adopción. Eso arrojó luz sobre un patrón materno y sobre algo que, en parte, Cauê ya ha asimilado e internalizado: la determinación de seguir adelante «cueste lo que cueste». La madre desea borrar el inicio de la historia de Cauê.

Llora copiosamente, se deprime mucho, relata los fantasmas nocturnos del bebé. Ha sido una pesadilla para ambos. Una pesadilla (esta palabra es de la madre) que comenzó aproximadamente seis meses antes y que aumenta. Exhausta, refiere que, muchas veces, tales pesadillas culminan en gritos de ambos en la madrugada. Él le pide que vaya a su cuarto llámán-

dola y llorando y gritando «la mano, la mano». Frustra los intentos maternos de acostarse a su lado, pues, aunque tenga sueño, se pone a «pellizcar con las uñas». La madre me muestra cómo su mano está roja alrededor de las uñas. Allí existe otra marca primitiva, realmente corporal: por las intensas identificaciones proyectivas, uno habita el cuerpo y la mente del otro. Se trata de otra de las fusiones como las de las palabras.

Gradualmente, el chupete va quedando más de lado en las sesiones y el lenguaje se desarrolla mucho de semana a semana. *Mamá, agua, miga (hormiga), nooo, piuí*, etc., pasan a ser palabras bien discriminadas, por ejemplo.

Cauê suele entrar corriendo y ya no necesita ayuda para subir el escalón. Apoyándose en la barriga, se arrastra hacia arriba y hacia adentro del consultorio. Generalmente, se dirige primero al tren. Muchas veces, lo patea, lo separa y encaja las piezas nuevamente.

La violencia de los controles y las proyecciones mutuas, no obstante, es intensa y circula entre ambos. Él desafía a la madre, grita mucho y la paraliza con su «nooo» cuando la siente invasiva. Con rabia, ella le responde que terminará «matándola» y le recuerda que, después, le pide la mano toda la noche. Posiblemente, la representación de «estar abandonado a su suerte» de ambos, más allá de las experiencias reales y traumáticas originales, se está repitiendo en formas secundarias. En la evaluación/tratamiento descritos, el gesto inaugural de la madre es el de «largar su mano». El del bebé, en contrapartida, es el de «agarrarse de mano ajena» disponible. Cauê responde con recursos propios, probablemente oriundos de sus condiciones constitutivas y de sus posibilidades actuales. Así como la madre, es resiliente y cuenta con un recurso propio de sostenerse en posibilidades existentes. En la siguiente semana, intento abordar eso con la madre. Ella asocia diciendo que *él fue y es muy voraz*, ilustrando su afirmación, concretamente, con el ejemplo de la alimentación. Me viene la imagen de *un verdadero sobreviviente que aprovecha cada pedacito de afecto y cuidado a su alcance*.

Cabe cuestionar: ¿dónde quedaron las elaboraciones? Hay mucho de *negación de dolores* e imagino que eso se debe a que son muy intensos. Son impedidos en buena medida de elaboración. En Cauê está instalado un profundo desamparo, probablemente sedimentado en aquel otro

nombre oficial que consta en sus documentos. Durante el primer año de su vida, lo han investigado en todos los frentes posibles. Está sano, pero necesita que lo observen en controles regulares tras tener el alta del infectólogo, del gastroenterólogo, del neurólogo, del otorrinolaringólogo, etc. Ese mismo año, la madre organizó una gran reforma en su casa para adaptarla mejor al bebé. Hasta entonces, ella poco o nada había notado de la relación entre las exigencias de todos los exámenes y consultas a los cuales había necesitado someterse Cauê, sumados al caos y al barullo de la casa, y lo que representan en sus significados invasivos. Todo eso ocurrió en el primer año de vida del bebé, cuando los ritmos y la calma ambientales son de valor constitutivo. A su alrededor había amenazas. Estas posibilitan repeticiones de las vivencias traumáticas originales. Los fantasmas reaparecen por las noches, cuando Cauê se agita y grita. Hablar sobre esas posibles conexiones posibilita una mayor condición de continencia por parte de la madre.

En las semanas de diciembre, hay una gran agitación en las sesiones conjuntas. Además de los desafíos de Cauê y de sus intentos de dominar a la madre ya descritos, su impulsividad se manifiesta directamente también conmigo. Junto con sus señales positivas, la madre soporta mal contenciones necesarias a manifestaciones como rayar paredes, escupir agua, arrojar la pelota contra la ventana, entre otras. Yo describo las manifestaciones del bebé, y ella repite que «sostendrá» a Cauê cuando este no pueda hacer algo solo. «Intentó pegarme y mordirme, y yo lo sostuve». Entonces, arroja una muñeca de trapo contra la pared y va a pisarla con rabia. Interpreto que quiere hacer eso conmigo, y él empieza a jugar con otra cosa, como si no me hubiera escuchado. Pero, repentinamente, viene y apoya su cara de mejillas redondas en mi falda con cariño. Es un instante. Sin duda, él tiene ese rudimento de ansiedades más depresivas y tendencias restauradoras.

Comprendo que la desesperación materna está *sobredeterminada* y se *sobrepone* a algo experimentado primariamente por Cauê. Algo dramático y traumático que solo podemos imaginar. La experiencia original de ser descuidado debe ser borrada. Ese deseo de borrar una parte, imposible en el plano psíquico, cobra su precio, en forma sintomática, en esa «mezcla» de ambos y en otras manifestaciones de gran ansiedad y carácter amenazadoramente patológico.

Los abordajes directos de la circulación de agresividad de ambos y el reconocimiento de la ambivalencia de la madre tienen como consecuencia una mayor seguridad de la madre con respecto al hijo. Ahora logra enfocar mejor las propias dificultades y, con tristeza, imagina cómo sería el futuro de Cauê. Cuando él tenga 20 años, ella tendrá 80. Él no tendrá padre. Y sus *padrinos* están en la misma franja etaria que ella. ¿Ella misma tendría condiciones de soportar si él llegara a tener alguna patología o a buscar las drogas? Son cuestionamientos que ella se hace allí y que abren espacios para pensar más allá del momento presente y más allá de las dificultades de Cauê.

En la cuarta semana de diciembre, entre Navidad y Año Nuevo, recibo mensajes de socorro de la madre. La adopción no se ha autorizado: ¡tendrá que pasar por más observaciones! Está desesperada. La llamo por teléfono y escucho que Cauê está allí con ella, en su presencia. Ella repite en un tono de voz alto y desesperado: «No sé qué haré si me lo sacan...». Le digo: «Mamá, me asustas mucho hablando así», intentando intervenir. Cortamos.

En enero, el agua de la pileta se vuelve central. Ponemos una sillita a la cual Cauê se sube para alcanzar el grifo y la pileta. Con mucha satisfacción, primero, claro, chapotea con alegría e intenta tomar agua, mojándose todo. También intenta —y a veces logra— mojarme o mojar a su madre (que ha pasado a quedarse toda la sesión junto con Cauê y ya no se sienta). En las semanas preliminares a la separación por las vacaciones de febrero, durante dos sesiones, evacúa en los pañales y la sala queda invadida de olor a caca. La primera vez, la madre me mira asustada por lo que podría suceder a continuación. Pregunto si no tiene una muda para cambiarlo en el bolso que siempre deja junto al cochecito del bebé en la sala de espera. Va a buscar el bolso.

Ponemos el protector plástico en la sala y ella me advierte: «Siempre es una lucha, ya verás, él patalea». El temor materno a enfrentar el cambio de pañales es visible. De hecho, él empieza a patalear, intentando darse vuelta y estirando las piernitas firmes, etc. Grita entre pedido y desafío «nooo», y la madre intenta doblarle las piernas a la fuerza, sudando mucho. Acercó un perrito de plástico y juego a que este le habla a Cauê, diciéndole: «No hagas eso, Cauê. Tienes que cambiarte, ayuda a mamá, vamos, *uau*, *uau*».

Él logra calmarse y afloja las piernas, arranca el perrito de mi mano y me lo devuelve pidiendo «*uau, uau*». Mientras la madre lo cambia, describo la escena como si el perrito le hablara: «*uau, uau*»... Cuando Cauê está pronto y con ropa limpia, la madre lo pone en el piso, hace un paquete con el pañal sucio y se lo entrega mientras dice: «¿Sabías, tía Inge, que yo mismo guardo mi caca?». Ahora la sorprendida soy yo: mientras sostiene su pañal en la mano, Cauê mira alrededor buscando el bote de basura.

El juego con el agua sigue. Hay dos piezas del cajón de Cauê que son sus preferidas: una pequeña taza y una olla. Le muestro que el grifo queda ligeramente abierto mientras él logra dejar el agua solo allí dentro de la pileta... muy satisfecho, ¡él pasa el agua de la taza a la olla y viceversa! Eso empieza a repetirse en todas las sesiones. Hay momentos en los que, de repente, arroja agua hacia afuera y se ríe. Entonces, le digo que tenemos que acordarnos de lo que «arreglamos». Generalmente, eso evoluciona a que Cauê cierre el grifo. Él protesta o dice que «miga»: iba a derramarla en la hormiga que vio en el balcón. Entonces, vamos con la ollita con agua a buscar una hormiga. Con la madre, vamos hablando sobre lograr «aguantar, contenerse más». Ella misma dice: «Los dos, ¿no?».

En las dos primeras semanas tras las vacaciones, la madre vuelve a estar más acusatoria con Cauê y «su ser voluntarioso y bruto». Sin embargo, considera que el sueño parece estar un poco mejor y refiere que en la guardería escucha *muchos elogios*. También Cauê revisa pasos: patea las cosas, intenta mojar la sala con agua y el tren sigue siendo uno de sus juguetes favoritos. Entra alegre y señala un «*piuííí*», comunicándose de inmediato. Parece estar más grande, habla más y alcanza mejor las cosas, con mayor control corporal. Hace jugadas de «gol» en las cuales tolera mejor la participación de la madre. Como el espacio de la sala es pequeño, Cauê pide que abramos la puerta de salida y, eventualmente, integramos el corredor y la sala de adultos.

En una sesión, la madre parece notoriamente transformada. Más sonriente y aliviada, entra con pasos tímidos y se deja caer en el sillón. Me mira con los ojos llenos de lágrimas y exclama: «¡Salió! ¡Salió!». Me cuenta que el juez aprobó la adopción plena y que los papeles se están tramitando. Me siento igualmente emocionada mientras la escucho. En lo que *parece un milagro*, relata que, al mismo tiempo, Cauê ha dormido toda la noche.

En la sesión conjunta que sigue, él entra corriendo como siempre. Emite sonidos de alegría al ver su tren y empieza el habitual juego con el juguete: encajar las piezas aceptando ayuda cuando no logra hacerlo solo. Entonces, pita y dice «piuuuú», tomando un lápiz, una tiza o lo que encuentra primero. Interpreto verbalmente. Pongo mi mano en la locomotora: «Aquí, mamá»; después, en el vagón: «Aquí, Cauê..., juntos». Él no esboza reacción, pero tira del tren hasta que el juguete se choca contra la silla. Frustrado, se deja caer sentado y patatea.

«Tuve una idea: ¿vamos a pegarlo?», le digo. Busco una cinta adhesiva en su cajón y pongo un poco en el enganche. Él también pide cinta y le doy pedacitos que pega en cualquier parte. Veo que la madre observa todo en silencio. «¿Quieres ayudar a pegar, mamá?», le pregunto, invitándola. Me retiro hacia la silla mientras los dos se quedan pegando. Ella, animada, enrolla más y más cinta adhesiva alrededor del enganche. Aunque tenga dificultad en tolerar que él pegue la cinta en cualquier lugar, los dos se van entendiendo. Al final, cuando ya basta de cinta, ¡una nueva sorpresa!

«¿Vamos a ponerle una cuerquita y tirar?», le dice. Fue lo más espontáneo y lúdico que le vi hacer. Además, propone: «¿Vamos allí, al lugar “grande?”», a lo que ambos salen al corredor. Los sigo en silencio en ese movimiento emocionante. Me siento en el diván, de frente al corredor, y veo la siguiente escena: Cauê con la cuerquita en una mano y, en la otra, la mano de su madre. La pareja se ríe y juega a tirar de la locomotora con los vagones pegados atrás: «piuíiiii, piuíiiii».

Naturalmente, ese momento mágico también pasa y, a la semana siguiente, Cauê pateo el tren y este se deprende. A esto le sigue un comentario materno: «Sí, todo bien siempre y cuando no me frustre. Además, ya no ha dormido tan bien y ¡vi que pateó a un amiguito! Creo que no me lo dicen para que no me asuste. ¡Él es *bruto, nomás!*».

CONSIDERACIONES FINALES

Hace más de un siglo, Freud (1908/1992) se preguntaba:

¿No deberíamos buscar ya en el niño las primeras huellas del quehacer poético? La ocupación preferida y más intensa del niño es el juego. Acaso

tendríamos derecho a decir: todo niño que juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio o, mejor dicho, inserta las cosas de su mundo en nuevo orden que le agrada. (p. 127)

Así como en el psicoanálisis de niños pequeños, también en la observación de bebés confirmamos el desarrollo positivo o negativo en ritmos acelerados. La velocidad del crecimiento es inversamente proporcional a la edad cronológica. De ello resulta que la técnica psicoanalítica de niños tenga un carácter altamente preventivo. Esas técnicas son delicadas y sofisticadas. Solicitan condiciones de empatía, tolerancia, paciencia y tránsito hacia dentro de movimientos regresivos de contacto con el inconsciente y de vuelta a transformaciones y significaciones de lo que se comunica verbal y preverbalmente. El entrenamiento de observación de bebés forma parte de la capacitación para ese ejercicio único con cada pareja madre-bebé, así como con la de analista-niño y analista-padres, y también resulta útil para la preparación para la pareja analista-paciente de cualquier edad.

En el caso que acabo de relatar, las sorpresas en el transcurso de las sesiones fueron constantes. Comenzaron con la actuación preliminar de la madre de dejar la mano del niño en la de la analista ya en el corredor y con la respuesta del bebé. Le siguieron la sorpresa de la condensación de las palabras en el nombre, núcleo de identidad del paciente, que constaté en la lectura de los exámenes, lo relativa a la etnia del paciente y la perplejidad ante el entrenamiento para que el mismo bebé llevara su pañal a la basura, y así sucesivamente. Fue una sucesión de sorpresas, algunas impactantes, todas reveladoras de la riqueza simbólica alojada allí. Por ejemplo, la que se manifiesta en la profundidad y simplicidad cuando Cauê logra externar algo que aún no es exactamente una palabra articulada: es un *hmmmá* o un *ahmmmm* o, incluso, un *mmmtá*.

Fueron pedidos, casi órdenes, de socorro para «subir» un escalón en el desarrollo imposible de realizar sin ayuda. Son rudimentos del lenguaje verbal que albergan una síntesis de la historia, del trauma y del pedido o grito de socorro. Conjeturar sobre sus significados con la pareja ayudó a revelar lo que no era representado, sino reprimido, en la personalidad materna, así llamada «relativamente madura», y en la dependiente e «inmadura» del bebé (Bollas). Las conjeturas hacen circular emocionalmente

contenidos no accesibles a la representación y liberan más las fuerzas para el crecimiento, la integración y la salud. Mi propensión crítica hacia los aspectos invasivos y tan poco empáticos de la madre fue perdiendo fuerza a medida que pude ir dando sentido en mi mente a la interacción entre madre e hijo; mi empatía contribuyó a la ampliación de la circulación de sentidos en la propia madre, en el bebé y en la pareja. Es una dimensión de sufrimiento y desesperación de ambos que ilustra un desamparo extremo. Yo misma me volví más capaz de comprender la desesperación de esa madre a la que estaban evaluando en cuanto a su capacidad y deseo de maternidad frustrado durante su vida fértil. Reinaba una amenaza constante de enjuiciamiento que era más y más buscada en tercerizaciones operativas. Naturalmente, me fui volviendo más empática con ella, reconociendo profundamente su drama, sus traumas y sus valientes luchas en la vida solitaria que construía.

El niño, que al principio había sido acogido por las instituciones de salud y de derecho, había llegado a la madre adoptiva o, como ella decía, «madre del corazón». La posible falla de la mano de esa madre representa para él su aniquilamiento.

«Hmmmá» («mamá-mano») fue también su primer llamado transferencial. Evidentemente, estas son elaboraciones graduales dentro de una mente adulta en su búsqueda de atribuir significados a la mente de un bebé. Podemos trazar una línea que une y condensa a la madre biológica-madre → adoptiva → Tata y → → sucesivas representaciones en la historia. Los objetos primarios se simbolizan en secundarios, así como las experiencias traumáticas y sus repeticiones, en este pequeño paciente. La locomotora tirando del vagón, sus desenganches y reenganches, repetidos un sinnúmero de veces en estos pocos meses permitieron, no obstante, desobstaculizar más el trabajo de elaboración de la pareja entre sí. En alguna medida, con Bion (1962/1994), podemos observar que los contenidos emocionales excesivos y evacuados se pudieron contener más y más, y transformarse en pensables. Las bocas —y no solo la boca con chupete de Cauê— se destaparon más y los sentimientos y fantasías pudieron fluir.

Se construyó algún amparo en el lugar del desamparo. Este, ciertamente, es un escalón necesario para una larga escalera del desarrollo de Cauê. Necesitará mucha fuerza «bruta», en algunos desniveles, para construir

su propio sentido de *self* (Winnicott), su identidad, con presencias y con lagunas iniciales. Sin duda, es un gran desafío el que Cauê tiene por delante, pero tendrá que subir escalón por escalón para llegar a la cima en la vida adulta, desde donde, entonces, podrá observar horizontes y ángulos más amplios. ♦

RESUMEN

La madre de Cauê solicita una evaluación psicoanalítica urgente para su bebé, revelándose ella misma extremadamente ansiosa. Parecía desesperada al intentar describir cierta exasperación instalada en la relación, en su vida y en la de Cauê, que estaría trastornado.

Ambos duermen poco y Cauê, que solía ser un bebé tranquilo y dulce, se habría transformado en un niño extremadamente demandante y agresivo.

En este artículo se describen los primeros cuatro meses de observación y entendimiento psicoanalítico de esa pareja profundamente atada en vínculos de dependencia y control, amor y odio, poco amparo y mucho desamparo. Aunque sus mentes sean bastante asimétricas (se trata de una mujer adulta de 58 años y de un bebé de menos de un año y medio), los dos se accionan recíprocamente en círculos proyectivos.

En esos meses de tratamiento, igualmente iniciales y fundadores para alguna atribución de significados, se hicieron necesarias varias adaptaciones técnicas, tanto con respecto a la observación de bebés como a la atención psicoanalítica.

Descriptores: TÉCNICA PSICOANALÍTICA EN NIÑOS / OBSERVACIÓN DE NIÑOS Y LACTANTES / CASO CLÍNICO / TRAUMA / MADRE / ADOPCIÓN / DESAMPARO / PSICOANÁLISIS DE NIÑOS / JUEGO / IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

SUMMARY

Cauê's mother asks for an urgent psychoanalytic evaluation of her baby, revealing her own extremely anxious state. She seemed desperate when trying to describe a certain exasperation that had settled into the relationship, her life and that of Cauê, who could be disturbed.

They both sleep little and Cauê, who used to be a peaceful and sweet baby, had apparently turned into an extremely demanding and aggressive child.

This paper describes the first four months of observation and psychoanalytic comprehension of this couple, deeply tied in bonds of dependence and control, love and hate, little protection and much helplessness. Even if their minds are quite asymmetrical (an adult woman of 58 and a baby of less than a year and a half), the two of them operate reciprocally in projective circles.

In those months of treatment, both initial and founding for some kind of attribution of meanings, a series of technical adaptations became necessary, both regarding the observation of babies and the psychoanalytic care.

Keywords: PSYCHOANALYTIC TECHNIQUE IN CHILDREN / CHILD-INFANT OBSERVATION / CLINICAL CASE / TRAUMA / MOTHER / ADOPTION / HELPLESSNESS / PLAY / PROJECTIVE IDENTIFICATION / PSYCHOANALYSIS OF CHILDREN

BIBLIOGRAFÍA

- Bion, W. R. (1994). Sobre uma teoria do pensar.
En: W. R. Bion, *Estudos psicanalíticos revisados*.
Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original
publicado en 1962).
- Freud, S. (1992). El creador literario y el fantaseo.
En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas*
(vol. 9, pp. 123-135). Buenos Aires: Amorrortu.
(Trabajo original publicado en 1908).
- Ogden, T. H. (2017). *A matriz da mente: Relações
objetais e o diálogo psicanalítico*. San Pablo:
Blucher. (Trabajo original publicado en 1990).
- Winnicott, D. W. (1990). Distorsão do ego em termos
de verdadeiro e falso «self». En: D. W. Winnicott,
*O ambiente e a teoria do desenvolvimento
emocional*. Porto Alegre: Artes Médicas.
(Trabajo original publicado en 1960).